

Lo corporal es político

Rosario Izquierdo

Las restricciones que la educación y la costumbre imponen a la mujer, limitan su poder sobre el universo.

Simone de Beauvoir (*El segundo sexo*, 1949)

Es una de esas tardes de otoño y estás en casa sola, rumiando algún asunto personal. No puedes concentrarte, has dejado tareas y apagado pantallas, has cerrado los libros. Pasas junto a un espejo que miras de reojo y te devuelve algo que no hubieras querido ver. Algo que no está como se supone que debiera estar. Un malestar confuso se suma entonces, acaso la sospecha de ser apenas alguien que merezca mostrarse, actuar o compartir(se). Sería todo más fácil quizás con otro cuerpo, dentro de otra coraza, te has dicho algunas veces, aunque no. También sabes que no.

SIMONE DE BEAUVOIR (*El Segundo Sexo*, 1949). «No se nace mujer, se llega a serlo. (...) todo empuja a las mujeres a desear ardientemente gustar a los hombres. Siguen estando en su conjunto en posición de vasallaje. El resultado es que la mujer se conoce y se elige, no en la medida en que existe para sí, sino tal y como la define el hombre.» Hilando a partir de ahí comprendimos el género como una construcción social y cultural: la feminidad y la masculinidad como las maneras de ser mujer y hombre, determinadas según cada cultura y sociedad.

Paseas por tus edades como abriéndote paso a través de una niebla de mandatos mil veces recibidos. El otoño es el tiempo para una puesta a punto, Dietas hipocalóricas, Compresas anti-olor para que no te huelan, Mantente siempre joven si quieres ser feliz —que te miren los hombres—, Depura tu organismo después de los excesos. Salud y enfermedad traspasan las imágenes que aunque cierres los ojos siguen, siguen, «Imperfecciones», Canas, Celulitis, Acné, Arrugas, Ojeras, Estreñimiento, Gases, Sequedad vaginal y Pérdidas de orina. Tu pérdida de tiempo simplifica la tarde. La vida como simple sucesión de cumpleaños

suenan menos compleja que las hojas que caen, desgajadas del árbol, movidas por el aire como por un capricho. Date un capricho, compra eso que te hace joven, déjate en el empeño el sueldo que has ganado, el tiempo que has perdido. Sientes que hay vientos fuera que tiran más de ti, pero esta inercia dulce de estar en casa sola, en la quejosa tarde, atrincherada, puede.

KATE MILLET (*Política sexual*, 1969): «Lo personal es político». Lema feminista que ayudó a diluir la dicotomía público/privado, que reproducía la desigualdad sexual desde hacía siglos. Si el ámbito familiar era uno de los focos principales de la desigualdad entre hombres y mujeres, lo doméstico tenía que incorporarse al debate político. Había que intervenir, introduciendo la justicia y el derecho en ese espacio que asfixiaba la libertad de las mujeres e impedía su proyección y participación en los asuntos públicos, manteniéndolas aisladas. El concepto de poder dejaba de ser macro y se extendía a lo micro.

Te ovillas en asuntos que van debilitando eso de lo que no te hablaron en la escuela, de lo que no hubo imágenes: potencia que hay en ti y jamás envejece, dispuesta a ser usada, propulsada hacia fuera, siempre fresca y vital, con poder para hacer, para cambiar aquello. Miras por la ventana. Deberías depilarte, ahora que tienes tiempo. Cirugía facial, corporal, vaginal. Cazas ideas al vuelo: uniformización de cutis y mujeres, parecer como todas aquellas «deseables» y delgadas, triunfar, autoexigirte, elevar la autoestima y el óvalo facial, estar aislada aquí, creyendo tomar fuerzas para volver afuera pero sin traspasar estas cuatro paredes, debilitada aquí, comiendo más o menos de lo que necesitas, negando tu potencia.

PIERRE BOURDIEU (La dominación masculina) «Los dominados aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores». Las relaciones de dominación en el ámbito familiar perpetúan la violencia simbólica, interiorizada y admitida como natural por las mujeres, que en vez de rechazarla colaboran en ella. ¿Qué ocurre cuando esa violencia se impone desde diversos frentes, los medios de comunicación, el cine, el bombardeo publicitario? No es entonces una persona concreta, sino un contexto difuso, el que ejerce un mandato que las mujeres acatan desde niñas, aunque vaya en contra de sus intereses como personas.

Niñas y adolescentes sexualizadas, maquilladas, domesticadas sobre tacones imposibles, que parece que posan en la publicidad y en las redes sociales conforme a los deseos de algún varón casposo, adicto a los prostíbulos. Y por qué conformarse con los labios faciales: también los vaginales pueden ser operados. Sacrificios que puedes hacer por la tersura, contra la flacidez, contra las manchas todas. Parecer lo que fuiste o lo que nunca has sido para ser más mujer, para gustar, gustar, para seguir gustando. Gustar y obedecer: conceptos similares, mejor si son lo mismo. Inyecciones, hormonas, retinol y colágeno, y radicales libres. A veces las ideas no llegan a cuajar y rehúsan tomar cuerpo, se escurren de tus manos detrás de otras urgencias. No salir porque tienes la regla, o porque no la tienes ni la vas a tener. Deberías teñirte, deberías depilarte, deberías operarte.

NAOMI WOLF (El mito de la belleza, 1990) «Los desórdenes alimenticios constituyen el sedante político más potente de la historia de las mujeres: una población silenciosamente trastornada es una población muy fácil de manejar.» El canon de belleza que pretenden vendernos es único, como el

pensamiento que pretenden imponernos, y es tan difícil acercarse a él como librarse de él.

Radical y libre suena a algo político, no a extenderse una crema por el rostro cansado para «resplandecer», no a estar lamentando cualquier cosa a solas, dentro de una casa. Fuera sería distinto, todo lo que aquí es sería distinto fuera.

Carmín, rímel, perfumes, mejor si son exóticos, si nos transportan lejos. Deseos de paraísos que te van ablandando mientras sucede todo sin que intervengas tú. Deberías salir, escuchar el rumor que es creciente en la calle.

Pasa la vida y va el párpado cayendo, ¿qué esperabas, si no?

La edad es movimiento, un impulso a través de veranos y otoños que debes dirigir. El rumor que te llama trae un grito añadido y no es hiriente: es cálido. Tus hijas están fuera, tus madres están fuera. Te están llamando y tú aquí perdiendo el norte, aislada, conformándote.

La tarde se maquilla los párpados con sombra.

Seguro que hay alguien a quien beneficia este estar a solas, diluida, quejosa.

Que tiene el poder de ponerte a dieta, de crearte problemas frente a los espejos.

Alguien que proyecta todos los mandatos que te debilitan desde que eras niña.

Alguien a quien nunca le has visto los ojos.

Rosario Izquierdo es escritora y socióloga